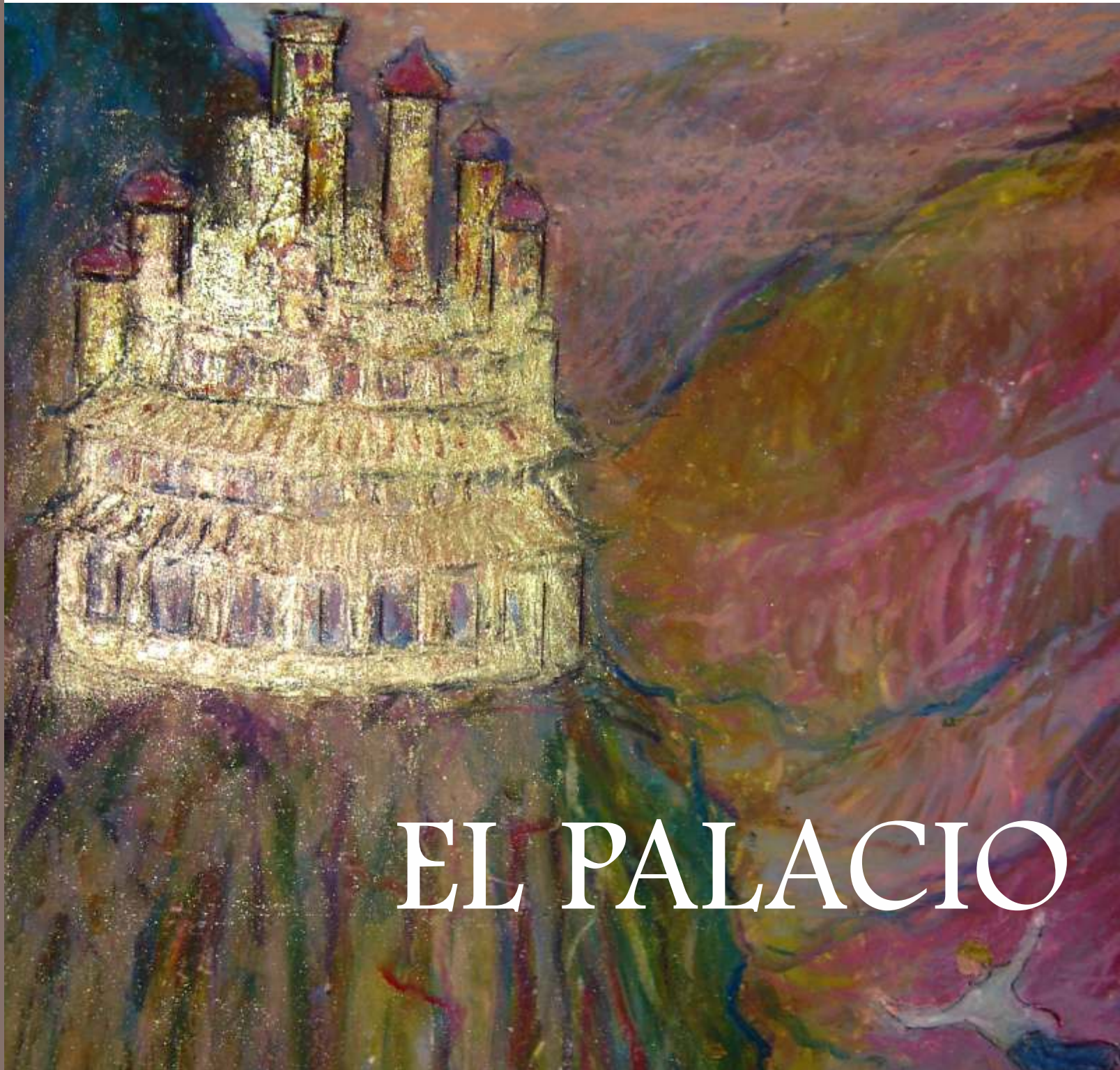


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL PALACIO

Fernando Olavarría Gabler

3



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL PALACIO

Fernando Olavarría Gabler

*H*abía llovido intensamente durante todo el día. Las abruptas montañas, separadas por profundos precipicios de más de trescientos metros, estaban ahora cubiertas por una impenetrable niebla.

La luz del Sol quiso asomarse allá en el fondo del valle. Era una luz débil, amarillenta, que apenas mostraba algunas negras siluetas empapadas de temor y misterio.

De pronto me encontré frente a una antigua iglesia de piedra en cuyo costado se divisaban las tétricas cruces de un cementerio. Entre ellas, una silueta humana cavaba en una fosa. ¿Qué estaba haciendo allí en ese atardecer tempestuoso, donde todo el mundo permanecía en sus casas defendiéndose del mal tiempo?

Mi caballo se detuvo y relinchó temeroso. El hombre alzó la vista y fijó en nosotros su mirada. Era una mirada feroz. Nunca la podré olvidar. Parecía que salía fuego por sus ojos. El caballo se encabritó y después echó a correr sobre las tumbas a todo galope; de pronto se encontró con un muro demasiado alto para sobrepasarlo y al rehusarlo yo salí por encima de su cabeza. Volé por los aires, pensando en fracciones de segundo que el golpe en el suelo iba a ser mortal, pero no llegué a las lozas sepulcrales sino que continué volando, me elevé por los aires con las manos extendidas hacia los lados y los pies bien juntos. Ascendí remontando unos faldeos de la montaña y atravesé algunas nubes. El caballo, la iglesia, el

cementerio, todo quedó atrás, muy abajo, perdidos en la niebla.

Era una sensación extremadamente agradable. Me sentía liviano como un ave gigantesca, desplazándome lentamente y a gran altura. Intenté inclinar uno de mis brazos extendidos y mi cuerpo giró lentamente en un gran círculo como obedeciendo a mi mandato. Planeé por encima de las montañas. El cielo se había despejado y enormes abismos separaban las cumbres que yo sobrevolaba. Me introduje entre dos de ellos y me dirigí hacia la cima de la montaña que tenía hacia el Este. Me había llamado la atención allá arriba, algo brillante que resplandecía con un fulgor dorado; a medida que me iba aproximando, las paredes verticales que tenía a ambos lados eran de una profundidad impresionante. Éstas se centraban a una proa rocosa donde estaba esa cosa que me había llamado la atención, la veía dorada, reflejando las luces del sol del atardecer.

¡Cuán grande fue mi impresión al darme cuenta de que se trataba de un palacio edificado en esa cresta y rodeado casi por entero de estos muros verticales de granito de los cuales no alcanzaba a ver el fondo. Las paredes del edificio se continuaban con las de los abismos sin que hubiere margen o superficie horizontal ni oblicua entre ambas.

El edificio era colosal, parecía estar hecho de macizos bloques de oro puro. Grandes ventanales formaban un semicírculo como si hubieran sido diseñados para contemplar el valle. Sobre éstos



surgían dos pisos más con sus respectivas techumbres, adornadas con torres de diversos tamaños dispuestas armoniosamente.

Me introduje por entre las almenas de una de las torres y bajé cautelosamente por una escalera en espiral que había dentro de ella. Pasé por varios arcos, que probablemente comunicaban con los pisos superiores y llegué a la base donde un arco me dejó entrar a la galería de los ventanales. Su disposición era semejante a una herradura y en el centro, separada por puertas y ventanas enmarcadas por columnas jónicas, había un comedor con una mesa larguísima que estaba rodeada por más de cincuenta sillas, todas doradas y tapizadas con el más delicado de los brocados. Los gruesos cortinajes que cubrían en parte las columnas y ventanas no parecían tener polvo o telarañas a pesar de la soledad reinante y de la insólita ubicación del palacio. En la galería de los ventanales no había mueble alguno.

El cielo se había despejado completamente y un atardecer maravilloso se presentaba ante mí a través de los cristales. Los precipicios se abrían hacia ambos lados y mostraban el inmenso valle que se extendía hasta el horizonte. El Sol descendía en esos momentos en forma similar a cuando se esconde en el mar. Los rayos púrpuras iluminaron el palacio, y mientras yo contemplaba extasiado todo esto, las paredes doradas languidecieron paulatinamente cambiando su coloración dorada hacia un delicado

tono rojizo.

Desde el fondo del valle divisé un punto que volaba en círculos y luego remontaba hacia la montaña donde me hallaba. Pensé que se trataba de un ave de rapiña, tal vez un cóndor, pero no era así. A medida que se acercaba me di cuenta de que se trataba de un ser humano que volaba de igual manera como yo lo había hecho. Con amplios círculos en su recorrido llegó frente a mí. Era una mujer. Su cabellera flotaba al viento, sus vestiduras y su rostro me eran conocidos. Cuando estuvo cerca de los ventanales me hizo señas. ¡Sí! ¡Era mi mujer! ¡Qué felicidad! Corrí hacia una de las ventanas y abrí una de las hojas. Entró una corriente de aire frío y puro y también entró mi mujer que quedó de pie equilibrándose con cierta dificultad.

-¡Hola!- me dijo sonriendo. Es hermoso ¿verdad?

- ¿Qué haces tú aquí? - Le pregunté, aún sin sobreponerme de mi asombro.

Después de flexionar las rodillas y arreglarse el cabello me preguntó: ¿No me va a saludar con un beso?

La besé y la abracé. ¡Me sentía feliz de estar con ella! En este palacio tan extraño, tan solitario y magnífico, y ¡tan inaccesible, como una verdadera prisión!

-No sabías que eras una bruja- le expresé, mitad en serio, mitad en broma.

-No me digas eso. La levitación es también de los santos.

-¿Qué santos?

-Varios. Uno de ellos fue Felipe Neri.

-Yo no soy santo y llegué hasta aquí...

-Eres un ingrato- replicó mi mujer-. Tuve una visión terrorífica. Vi cómo te estrellabas contra unas tumbas. Te habías enfrentado a un mal espíritu y rogué a San Felipe Neri para que te salvara. Como no regresabas a casa, rogué nuevamente al Santo para encontrarme contigo y aquí me tienes.

Es un santo milagroso, murmuré. Cambiando de tema, le pregunté: ¿Has visto el comedor que hay detrás de nosotros?- Ven. Entremos por esta puerta lateral.

Al visitarlo nuevamente observé que las tres grandes lámparas de lágrimas que colgaban encima de la extensa mesa, no tenían bombillas eléctricas sino largas velas de cera.

Recorrimos tomados de la mano el inmenso comedor, luego salimos otra vez a la galería y subimos por una de las escalinatas que había al fondo. Ésta nos llevó al piso de más arriba en el cual el comedor y la galería habían sido reemplazados por una gran sala de baile donde se repetían los ventanales en todo el contorno. También desde el cielo colgaban magníficas lámparas de lágrimas similares a las del comedor, pero eran cinco en vez de tres.

Anocheía.

-Hay un tercer piso, observó mi esposa-, visitémoslo también. Las escalinatas convergían hacia arriba uniéndose al llegar a un gran pasillo central en cuyas paredes había numerosas puertas. Conté dieciséis a cada lado, más una, en el extremo opuesto al que llegaban las dos escalinatas. Abrí una de las puertas y asomé la cabeza con cautela. Se trataba de un soberbio dormitorio con un gran lecho con palio y también otros muebles propios de la habitación. Al lado había otra puerta que comunicaba a una estupenda sala de baño adornada con grandes espejos.

Después de abrir dos y tres puertas más me di cuenta de que todas pertenecían a dormitorios similares cuyas ventanas semi cubiertas con cortinajes y visillos ofrecían una espléndida visión del paisaje cordillerano que circundaba el palacio.

El dormitorio del extremo opuesto a las escalinatas miraba hacia el valle y en él nos quedamos. Nos recostamos sobre el lecho y contemplamos en silencio la maravillosa noche estrellada.

-Tengo sueño- observó mi mujer, y desnudándose se introdujo entre las sábanas.

-Ven- me dijo. Sácate la ropa que aún está mojada. Es hora de dormir.

Obedecí, y abrazándonos nos quedamos profundamente dormidos...

Desperté sobresaltado. Varios pensamientos no me dejaban conciliar el sueño. Me preguntaba cómo íbamos a salir de allí. ¡Estábamos en una lujosa, pero hermética prisión!

Otro pensamiento que llegaba a la mente, y me inquietaba, era el desconocimiento que había tenido durante tantos años, de las cualidades paranormales de mi esposa. Mientras ella dormía plácidamente a mi lado, y la luz de las estrellas iluminaba su angelical rostro, evoqué aquellos días cuando la conocí. Recuerdo que la había invitado a mi casa de campo, en Lampa. Era primavera y propuse dar una caminata por los cerros y faldeos cordilleranos cercanos a la casa.

Una cálida brisa traía el perfume de los espinos en flor. De pronto ella, sin dar aviso alguno, inició una carrera loma abajo, pasando por encima de unos matorrales, y luego -me acuerdo muy bien- abriendo los brazos dio saltos largos y prolongados, en un instante se elevó por los aires y pasó por encima de los espinos. Recordé con nitidez cómo volaba sobre los árboles cuajados de flores y luego posaba sus pies en tierra. Yo, en mi desesperación, pensando que pudiera dañarse, corría a más no poder y adelantándome traté de recibirla en mis brazos. Sí, veía con toda claridad esa escena que había olvidado con el pasar del tiempo. ¡Ella ya levitaba antes de que nos casáramos! En eso estaba pensando, cuando un extraño resplandor amarillento entró por la ventana. Bajé

del lecho y descorrí los visillos. Me di cuenta entonces de que la luz venía de abajo y alumbraba en parte las rocas del abismo que nos rodeaba. Bajé silencioso las escalinatas y comprobé con asombro que todas las lámparas, tanto las del salón de baile como las de la gran sala del comedor estaban encendidas. Cientos de velas de cera hacían brillar las paredes doradas, los cortinajes de terciopelo rojo y el brocato de las sillas. ¡Era un espectáculo maravilloso!

El perfume de la cera embriagaba el ambiente. Mientras subía por una de las escalinatas me detuve y miré hacia atrás, entonces con gran estupor pude ver que decenas de mujeres y hombres vestidos a la moda del 1600 danzaban en el salón de baile. Me pareció que era una zarabanda y estaban dirigidos por un personaje con un bastón que estaba delante de una orquesta de cuerdas.

El baile se desarrollaba en completo silencio. Continué subiendo por las escalinatas llamando a mi esposa para que presenciara esa grandiosa escena... pero ella no estaba en el lecho.

¡Había desaparecido!

-No te asustes- me dijo, saliendo de la sala de baño. El agua estaba tibia y deliciosa. Báñate tú también. Así lo hice; luego paseamos por las salas iluminadas. Las parejas danzantes y la orquesta se habían desvanecido. Reinaba un silencio total.

Amanecía. Mágicamente la luz de la aurora apagó las velas. Un tenue resplandor blanco iluminó los aposentos vacíos.

-Es hora de retornar- dijo mi esposa. No hay que entusiasmarse en demasía con los placeres terrenales.

-Pero, ¿cómo regresaremos?- repliqué asustado.

-Tal como llegamos, así regresaremos.

-No sé volar- respondí.

-No te preocupes, es necesario un poco de fe.

-¿Un poco? ¡Toneladas de fe!

Mi mujer sonreía. Me tomó de la mano y me llevó hacia la ventana que yo había abierto para que ella entrara.

-San Felipe Neri, antes de morir a los ochenta años de edad, quemó los manuscritos que tenía en el cajón de su escritorio, pero quedaron algunos sin quemar, y yo los heredé de parte de mi familia paterna- dijo mi esposa.

-Llego a la conclusión que por ellos aprendiste a levitar.

-Esas son suposiciones.

Ven; tómate de mi mano y saltemos.

-Me da susto.

-“En cuestiones de pureza no hay mayor peligro que no temer al peligro”; eso dijo “Pippo (Felipito) el bueno”. Y saltando al vacío, conmigo tomado de la mano, salimos volando.

-¡No patalees! -me dijo- ¡estira las piernas, abre los brazos y confía en mí!

-¡Tengo miedo!- repliqué, y estiré las piernas poniéndolas

bien juntas.

Planeamos sobre los abismos en los mismos instantes en que el Sol salía por el Este iluminando todo el valle. Describimos grandes círculos y después nos alejamos, perdiéndonos lentamente en la línea del horizonte.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.